

EL *QUIJOTE* Y LAS IMPRENTAS AMERICANAS

Antes de iniciar el recorrido por los talleres de imprenta hispanoamericanos a la búsqueda de ediciones del *Quijote* sospechaba yo, ingenuamente, una historia editorial de la novela cervantina madrugadora, continuada, presumiblemente muy diversificada en razón de la geografía y el tiempo. Al controlar los *realia* de esa historia mi sorpresa fue mayúscula: en Hispanoamérica hay que llegarse al siglo XIX para toparnos con una primera edición, conocida, del *Quijote*. Insisto: conocida. Mi experiencia de tipobibliógrafo me ha hecho cauto a la hora de atribuir la prioridad a una u otra edición de tal o cual obra. Dicha primera edición hispanoamericana se

imprimió en México en 1833. A partir de ese año se sucederán las ediciones con cierta regularidad, pero también con cierta lentitud. ¿Por qué no se editó con anterioridad a esa fecha? Esta es la pregunta que me planteé de inmediato.

Este dato, escuetamente tipobibliográfico, en modo alguno podía interpretarse sin más como indicio de una falta de aceptación, y por lo mismo de circulación y lectura del texto cervantino. No podía haber ocurrido así. Hubiera constituido una excepción demasiado extravagante si se tiene en cuenta que el éxito del *Quijote* traspasó rápidamente nuestras fronteras y se extendió por Europa: en 1612 ya se había editado la primera traducción inglesa de la *Primera parte* y en 1620 la de la *Segunda*; en 1614 se publicaba la primera traducción francesa de la *Primera parte*, aunque ya se habían publicado previamente traducciones de algunos capítulos; del año 1622 es la primera traducción italiana¹.

Era de suponer que, con independencia de esa historia editorial, la obra cervantina se leería en

¹ Véase el artículo de Carlos Alvar, "El *Quijote* en el mundo. Traducciones de los siglos XVII y XVIII", en el catálogo de la exposición *Don Quijote en el Campus. Tesoros Complutenses. Biblioteca Histórica "Marqués de Valdecilla". Abril-Julio de 2005*. Madrid, Universidad Complutense, 2005, págs. 153-171, que ofrece abundante bibliografía.

Hispanoamérica desde el momento de su publicación en Madrid en 1605. Esa sospecha había que documentarla y se ha logrado poco a poco. A tal efecto es cita obligada desde 1911 una doble conferencia de Francisco Rodríguez Marín. El texto leído en el Centro de Cultura Hispano-Americana los días 10 y 17 de marzo de ese año fue publicado inmediatamente por la Librería madrileña de los Sucesores de Hernando bajo el título *El “Quijote” y Don Quijote en América*. Decía Rodríguez Marín hace casi exactamente un siglo:

Por cuanto queda expuesto, natural era pensar, y así lo han pensado y creído hasta hoy europeos y americanos, que nuestros antiguos libros de caballerías y, en general, todos los de materias profanas y fabulosas é historias fingidas, el *Quijote* entre ellos, no fueron llevados á las Indias durante todo el siglo XVI y gran parte del XVII, salvo, cuando mucho, tal cual ejemplar que se eximiese de la común y reiteradísima prohibición, bien porque algún viajero lo llevase solapadamente sobre su cuerpo ó entre otras mercaderías, ó bien por ir destinado para alguna persona muy principal, con quien pudiesen ser letra muerta las disposiciones legales.

Meditando yo algunas veces –dirá más adelante- sobre cuándo y cómo debieron de llegar á América los primeros ejemplares del *Quijote*, y después de buscar sin fruto en las viejas leyes de Indias alguna que permitiese ó tolerase el paso de esta clase de libros, me di á pensar si la misma reiteración

de prohibiciones... no era por ventura la más patente muestra de que de hecho no se cumplían... Estimándolo así, resolvime á gastar unas cuantas horas, ó unos cuantos días, en confirmar ó en desechar mi conjetura: lo peor que me podía suceder era perderlos, y este riesgo no había de arredrarme. ¡He perdido tantos; ¡Todos los he perdido, según el poco caso que se hace en España de este linaje de investigaciones y estudios; Residía yo en la ciudad de Sevilla cuando formé este propósito, y fuíme al Archivo General de Indias... y comencé á examinar los registros de ida de naos: de las naos de que se componían aquellas grandes flotas que mandábamos al recién descubierto Nuevo Mundo...

No perdió el tiempo ciertamente nuestro benemérito cervantista y gozoso ofreció los primeros datos conseguidos:

En 25 de Febrero de 1605, es decir, cinco ó seis semanas después de haber salido á la luz pública la primera parte... Pedro González Refolio presentaba á la Inquisición para su examen cuatro cajas de libros, en una de las cuales iban:

«- 5 Don quixotte de la mancha.»

Estas cajas se registraron en el navío San Pedro y Nuestra Señora del Rosario... que había de formar parte de la flota de Tierra Firme... El mismo González Refolio, que llevaba muchas otras cajas y fardos de diversas mercaderías, había de recogerlas en Puerto Belo.

Lógicamente no voy a continuar ofreciendo con detalle los ya antiguos descubrimientos del gran cervantista. Con su conclusión me basta:

Pero los trescientos cuarenta y seis ejemplares del *Quijote* que hallé registrados en 1605 no son, ni con mucho, todos los que se llevaron allá en el dicho año... Para calcular el número total de ejemplares del *Quijote* que se enviaron á las Indias en 1605, no me parece, pues, exagerado multiplicar por cuatro el número de los que se averigua que allá fueron; y, hecho así, adquiérese el convencimiento de que antes de terminar el año en que salió a luz... y muy á los comienzos del siguiente, había en las tierras americanas cerca de mil quinientos ejemplares... Probablemente... se remitió a las Indias casi toda la edición príncipe...²

Sucesivos trabajos, publicados en los años cuarenta del pasado siglo, de José Torre Revello, de Guillermo Lohmann Villena y de Irving A. Leonard, y en particular de éste último su conocida obra *Los libros del conquistador*, nos permiten hoy día conocer con gran detalle la llegada continua de ejemplares del *Quijote* a tierras americanas. Hay que añadir a esos nombres repetidamente citados otras aportaciones más recientes de Anastasio Rojo Vega, sobre “Los grandes librereros

² Págs. 21, 27-28, 33 y 36-39.

españoles del siglo XVI y América” publicado en 1992 en *Cuadernos Hispanoamericanos*³, y de Carlos Alberto González Sánchez, bajo el título *Los mundos del libro: medios de difusión de la cultura occidental en las Indias de los siglos XVI y XVII*⁴.

Me va a permitir el lector una debilidad. Vivo desde hace muchos años en Alcalá de Henares y me agrada sobremanera recordar a uno de sus más célebres librereros, Juan de Sarriá. Su hijo, homónimo, con librería abierta en Lima, tiene reconocido el honor, gracias a la documentación conservada en el Archivo Nacional de Perú, de ser el primer importador al virreinato de ejemplares del *Guzmán de Alfarache* y del *Quijote*.

Ciertamente las evidencias de trato directo de los grandes librereros de Medina del Campo no son todo lo claras que debían de ser, pero el protagonismo de estos personajes, franceses en su mayor parte, es evidente en la organización del mercado y de la industria del libro en América del Sur. La Nueva España fue cuestión fundamentalmente andaluza, con los Cromberger sevillanos. En Lima encontramos al primer librero de origen medinés, Juan Antonio Museti, y de la misma

³ 500 (1992, febr.), págs. 115-131.

⁴ Sevilla, Diputación y Universidad de Sevilla. Secretariado de Publicaciones, 1999. (Historia y geografía, 43).

procedencia son el primer impresor, Antonio Ricardo, y el segundo, Francisco del Canto. Tanto en América del Sur como en la Central los primeros pasos fueron dados por extranjeros, pese a las supuestas dificultades que los no castellanos tenían para pasar al Nuevo Mundo.

La legislación española procuró recoger la inspiración de los moralistas y evitar, por lo menos, la difusión de los libros de caballerías en Ultramar, con otras modalidades de la literatura de ficción y mero entretenimiento. Son frecuentes las disposiciones que prohíben el paso a las Indias de estos libros. Su misma repetición ya es buena prueba de que tales preceptos no eran cumplidos. A comienzos del siglo XVII, pues, el *Quijote* pasa a las Indias en abundante cantidad de ejemplares y relega a la sombra, definitivamente, al *Amadís de Gaula* y toda la infinita caterva de su linaje. Ciertamente el análisis de envíos de libros desde España muestra que el peso del libro de religión, tanto en latín, que suponemos para uso de hombres de Iglesia, como de romance, asequible a cualquiera, es absoluto. Los objetivos castellanos respecto de América fueron, fundamentalmente, la evangelización y la europeización, o la reconversión de la sociedad precolombina según esquemas europeos y su adecuación moral y material a los hispanos. Puesto que la Religión estaba por encima de todo, el libro religioso fue considerado el más necesario

para el Nuevo Mundo. A diferencia, pues, de otros tipos de obras, aquí no puede hablarse de unos pocos libros o de unas cuantas docenas, la exportación de los libros religiosos se hizo por centenares de cuerpos.

Con anterioridad a esos primeros datos plenamente documentados, que ofrecería Rodríguez Marín, dos escritores hispanoamericanos construyeron sendas encantadoras supercherías para contestar a la pregunta frecuente sobre cuándo y cómo habían llegado al Perú y a México los primeros *Quijotes*.

En el caso del Perú la falsa historia fue narrada por Ricardo Palma, en 1906, bajo el título “Sobre el *Quijote* en América”, incluido en su libro *Mis últimas tradiciones peruanas y cachivachería*⁵. Rafael Heliodoro Valle y Emilia Romero, en su *Bibliografía cervantina en la América Española*⁶, resumían así esa historia inventada:

A fines de diciembre de 1605 el galeón de Acapulco estaba surto en el Callao, conduciendo el libro extraordinario que un amigo suyo enviaba desde México al virrey don Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca, quien encontrándose enfermo lo prestó a fray Diego de Ojeda, el famoso autor de *La Cristiada*, y que a los pocos días de la muerte del Virrey le

⁵ Barcelona, Casa Editorial Maucci. Buenos Aires, Maucci Hermanos, 1906, págs. 305-312.

⁶ México, Imprenta Universitaria, 1950, págs. VII-VIII.

enviaron desde España otro ejemplar, al mismo tiempo que recibía otro el Arzobispo que más tarde fue Santo Toribio de Mogrovejo, quien también ya había muerto. Añadía... que el cervantófilo don José Dávila Condemaría le había asegurado que el padre Ojeda instaló el primer ejemplar de aquel libro en la biblioteca de su convento agustino, que más tarde pasó al de los dominicos, que en la batalla de La Palma (1855), había desaparecido. Pero no conforme con haber dado pábulo a tal superchería... agregó que a don Juan de Avendaño, amicísimo de Cervantes desde la Universidad de Salamanca, el divino manco le había enviado con autógrafo un ejemplar que fue más tarde, de mano en mano, a caer en las de la marquesa de Casa Calderón, literata limeña, que poseía buena biblioteca que pasó a poder del doctor Agustín García y que allá por 1850 el autor de tal infundio, con Manuel Nicolás Corpancho y Arnaldo Márquez, flamantes escritores, habían conocido el codiciadísimo ejemplar.

Es ciertamente historia peregrina.

En el caso de Nueva España el autor de la superchería fue Luis González Obregón, en 1909, en su obra *México viejo y anecdótico*⁷. Los bibliógrafos recién mencionados ofrecen el siguiente resumen:

⁷ Paris, México, Librería de la da. de Ch. Bouret, 1909, págs. 67-73: “De cómo vino a México «Don Quijote»”.

Aprovechando un haz de papeles viejos que decía se titulaban “Inquisición de flotas venidas de los reynos de S. M. desde el anno de 1601 hasta el presente de 1610”, encontró que en la flota de 62 naves que había salido de Cádiz el 12 de junio de 1608 rumbo a San Juan de Ulúa, vino un ejemplar de la primera edición, que “pareció al Comisario de la Veracruz y Oficiales Reales de la real Aduana, ser romance que contiene materias profanas, fabulosas y fingidas”. Para dar mayor incentivo a su fábula, decía González Obregón que al margen de aquellas líneas figuraba, con letra diferente, esta apostilla: “se volvió el libro por súplica de S. Ilma d. fr. garcía guerra a su dueño Matheo Aleman, Contador y Criado de Su Magestad.

¿Por qué razón el *Quijote* no conoció ninguna edición hispanoamericana hasta el siglo XIX si existían talleres de imprenta activos en la ciudad de México, capital del virreinato de Nueva España, desde antes quizá de 1538, y en Lima, capital del virreinato del Perú, desde 1584, con continuidad a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX? No es ocasión de analizar con detalle la historia de la imprenta en esas ciudades, aunque no estará de más que recuerde el ritmo de incorporación a la historia de la imprenta hispanoamericana de otras. Es una secuencia muy significativa y nos ayudará a entender el acontecimiento que me propongo justificar o mejor dicho explicar: la actividad tipográfica se inicia en Puebla de los Ángeles, en el virreinato de Nueva España, en 1610; en

1660 llega a Santiago de Guatemala desde México el impresor José de Pineda Ybarra llamado por el obispo fray Payo de Ribera; en 1700 se comienza a imprimir en tierras argentinas, en los amplios territorios de las Misiones Jesuíticas, y luego en 1765 en Córdoba y en 1767 en Buenos Aires; destaco solo algunos datos más, referidos al siglo XVIII, pues los talleres de imprenta se multiplicarán llamativamente en el siglo XIX: se inicia la historia tipográfica de Paraguay en 1705, de La Habana en 1723, de Santa Fe de Bogotá en 1739, de Quito en 1760, de Santiago de Chile en 1780, y de Veracruz (en Honduras) en 1794. Hay razones para entender este ritmo tan lento de incorporación a los beneficios del gran invento. Bastará con descubrir las razones que llevaron prácticamente siempre a instalar un taller de imprenta en una determinada ciudad y con examinar atentamente la legislación sobre la imprenta y el libro, con independencia de que se lograra aplicar más o menos rigurosamente.

Prestaré una especial atención a una ciudad, México, y aludiré brevemente a Lima. El contraste es muy significativo. En el caso del virreinato de Nueva España, al examinar la producción del siglo XVI, descubrimos de inmediato que los impresos, en su mayoría, fueron realizados por religiosos de las diferentes órdenes allí instaladas y que, en la mayor parte de los casos, se trata de obras de enseñanza de las lenguas indígenas a utilizar por

los mismos religiosos, o bien obras bilingües de adoctrinamiento para ser utilizadas por los mismos religiosos o dirigidas directamente a los indios. Se editaron también obras destinadas a la enseñanza que se impartía en los colegios creados por esos mismos religiosos. La temática de las mismas abarcó desde obras de autores clásicos y religiosos a otras sobre medicina indígena, historia natural de la Indias, legislación eclesiástica o civil, tratados de arte militar y de náutica como también libros de rezo o litúrgicos. Hay que reconocer que mejora la calidad de la producción en el siglo XVII pero desde el punto de vista de la temática la continuidad es manifiesta: se incrementaron los estudios lingüísticos; aparecieron crónicas de Indias a cargo de religiosos brindando valiosas informaciones históricas, geográficas y etnológicas; obras científicas, filosóficas, de astronomía, reseñas de proclamaciones y juras reales, de autos de fe, de entradas de virreyes, de dedicaciones de templos y festividades religiosas y profanas, etc. Aparecen también en el siglo XVII las *Noticias*, las *Relaciones* o *Gazetas* de pocas páginas, de periodicidad irregular, conformadas con noticias reunidas al llegar las flotas. El siglo XVIII muestra una cierta mayor variedad temática y un especial empeño en dar a conocer su historia, sus antigüedades, sus riquezas naturales y su literatura, pero la continuidad es manifiesta; sin duda el

detalle más llamativo es la aparición de los periódicos regulares desde la *Gazeta de México* de 1722 al *Mercurio Volante* de 1792. La producción del siglo XIX está muy relacionada con los acontecimientos políticos.

Los impresos limeños no fueron obras que descollasen por su belleza tipográfica debido al pobre y escaso material de que se disponía, la mala calidad de la tinta, las viñetas toscas, las prensas ordinarias y los tipos gastados. Pese a que la actividad fue bastante intensa, llegando en ocasiones a funcionar coetáneamente, cuatro talleres, no han llegado hasta nosotros ejemplares de muchas ediciones, pero podemos hacernos idea segura de que se trató de ediciones costosas ya que el papel y el instrumental procedían de España. Esta circunstancia explica por qué los autores de obras sobre todo voluminosas optaron por imprimirlas en la Península pese a las dificultades que para ello debían soportar.

Es necesario destacar la importancia de los jesuitas en el establecimiento de talleres en otros lugares: en Pueblo de Juli, actualmente Bolivia, por ejemplo, imprime en su casa y residencia un impresor limeño, Francisco del Canto, en 1612, cuatro obras. Recordaré sus títulos, absolutamente sintomáticos: *Vocabulario de la lengua Aymará*, *Arte de la lengua Aymará*, ambas del P. Bertonio, *Libro de la vida y milagros de Nuestro Señor* de Alfonso de Villegas, traducido por el mismo jesuita, y

Confesionario muy copioso en dos lenguas, Aymará y Española. Creo que no es necesario seguir insistiendo. No he aludido en ningún momento a textos literarios. Estos venían con las flotas. ¿Sorprenderá, pues, la inexistencia de una edición del *Quijote* hasta el siglo XIX? He aludido antes a la importancia de los jesuitas en la introducción de la imprenta en Argentina. Tiene interés recordar, por su importancia para el tema que me ocupa, lo que escribía Guillermo Díaz Plaja, en 1952, en su conocido libro *Don Quijote en el país de Martín Fierro*⁸:

La cultura literaria en los territorios situados en el extremo meridional del Virreinato del Perú se produce... con un lógico retraso en relación con el núcleo intelectual de Lima. Nadie ignora que Córdoba es el primer foco intelectual de lo que un día habrá de ser la República Argentina, y, asimismo, es bien conocida la posición que en este grupo cultural mantiene la Compañía de Jesús hasta el momento de su expulsión. Desde la instauración de la provincia jesuítica en 1607 hasta 1767, fecha de la expulsión de la compañía... el timón de la vida cultural argentina, a través de la Universidad y del Colegio de Montserrat, estuvo en manos de los padres jesuitas, que evidentemente dieron a su labor cultural un fuerte matiz teocrático. No es fácil, en este ambiente,

⁸ Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1952. (Colección Hombres e Ideas), págs. 23-24.

encontrar a Cervantes en las bibliotecas de los centros culturales de la época.

Pero debemos entender bien los datos ofrecidos. Conviene aludir brevemente a la situación de los talleres de imprenta españoles hasta bien avanzado el siglo XVIII. Gracias a algunos documentos ocasionados por las actuaciones derivadas de una provisión real de Felipe II, fechada en Madrid, a 12 de de noviembre de 1572, dirigida a los corregidores de Toledo, de Burgos y de Medina del Campo, a los rectores de las Universidades de Salamanca y de Alcalá de Henares, al regente de Sevilla, a un oidor de la Audiencia de Granada y a otro de la Chancillería de Valladolid conocemos algunos de los talleres castellanos por dentro, en un periodo clave, el paso del siglo XVI al XVII, puesto que la situación se mantendrá durante mucho tiempo. ¿Qué deseaba conocer Felipe II? Lo indica clarísimamente: le han llegado noticias de que en los talleres de imprenta se trabaja mal, de que los operarios no están suficientemente capacitados, y ocurre, como consecuencia inevitable, que los libros presentan mil y una erratas. El monarca desea poner remedio y ordena que en esos lugares antes indicados se designen a las personas que puedan rendirle un pormenorizado informe sobre la situación real, concretándole el número exacto de los talleres activos y el número de impresores, y determinándole cuál es la

auténtica capacidad técnica de cada uno de esos talleres, con datos sobre el número de correctores, cajistas, batidores y tiradores, y sobre su preparación profesional, sin olvidar por supuesto las informaciones precisas respecto de la maquinaria y el instrumental. Deben preguntar en los talleres -es su encargo expreso-, por las causas que ocasionan esas abundantes erratas y sobre la forma de evitarlas. También deberán informarle sobre lo que los impresores piensan que deberá hacerse para conseguir ediciones de grandes tiradas de ejemplares y con buen papel. Solo se conoce la documentación relativa a las visitas realizadas a los talleres de imprenta de Alcalá de Henares y de Granada, y de su examen podemos concluir que la preocupación por las muchas erratas llegó a ser obsesiva y la solución no llegó fácilmente a todos los talleres.

Con esa documentación recordada podemos sacar algunas conclusiones: la mayoría de los talleres visitados cuentan con los operarios, la maquinaria y el instrumental necesarios. La procedencia extranjera de un buen número de esos operarios pone de manifiesto que España continúa atrayendo a unos artesanos que arribaron con la sospecha, posiblemente justificada, de buenas condiciones laborales y en cualquier caso de trabajo. Las cajas de tipos muestran una suficiente capacidad en los talleres, con las diferencias inevitables. Ciertamente si los talleres de imprenta cuentan

con la aportación económica necesaria, todos se sienten capaces de fundir o adquirir los tipos requeridos. El tema del papel se resolvería de idéntico modo. Es afirmación repetida: falló claramente en España la industria editorial y la consecuencia lógica fue el anquilosamiento de la industria gráfica. En una denuncia presentada en Madrid, el 8 de diciembre de 1651, ante los Alcaldes de Casa y Corte, contra tres librereros, a instancia de un importante número de impresores, se ponía el dedo en la llaga, al acusar a los librereros editores de ser los responsables directos de la muy baja calidad de los impresos, ya que “imprimiendo los libros a su costa, no contentos con una moderada ganancia, buscan el peor papel, cargando las planas con letra menuda y sin dejar márgenes, para que el libro que había de llevar cien pliegos se imprima en ochenta y redunde todo en mayor utilidad de los susodichos. Y esto se manifiesta claramente de que los libros impresos por los mismos autores son incomparablemente mejores que los impresos por librereros”⁹. Quizás no se haya desechado totalmente aún la falsa idea que ha perturbado el entendimiento correcto de esta situación, la de que la causa de la decadencia de

⁹ Véase el estudio de Jaime Moll: “De impresores y librereros: un pleito de 1651”, en *varia bibliographica: Homenaje a José Simón Díaz*. Kassel, Edition Reichenberger, 1988. (Teatro del Siglo de Oro. Bibliografías y catálogos, 8), págs. 483-490.

nuestra industria gráfica fue un privilegio concedido por Felipe II al gran editor-impresor-librero de Amberes Cristóbal Plantino para la impresión de los libros del Nuevo Rezado, acomodados a las decisiones adoptadas en el Concilio de Trento, privilegio que se ha mostrado imaginario. Las visitas ordenadas por el rey en 1572 perseguían el objetivo de conocer las posibilidades internas para asumir esa ingente tarea que se convirtió de hecho en uno de los negocios más rentables del mencionado taller.

Recordaré un testimonio interesante: una carta de Pedro López de Montoya al consultor mayor de Felipe II, Mateo Vázquez de Lecca, del 19 de julio de 1598, en la que decía:

... es increíble la dificultad con que negocian los autores de los libros, porque para que se encomienden a quien los vea pasan mill trabajos y muchos más después de haberse encomendado para que se despachen y se vean, y en las licencias y privilegios que yo he sacado para ciertos libros que he de imprimir he tenido tal experiencia desto que estoy determinado a embiar los otros fuera destos reynos, aunque tengo gran esperanza que v.m. ha de hacer en este negocio tanto bien y merced a la Republica y a

los hombres de letras que desta vez quede todo como conviene...¹⁰.

Es durísima alusión a las consecuencias de la *Pragmática sobre la impresión y libros*, dada en Valladolid, a 7 de septiembre de 1558, por dicho monarca, que ocasionará una tupida telaraña administrativa, embarazosa y lenta de desenredar. ¿Sorprenderá, pues, la situación de los talleres de imprenta al otro lado del Atlántico y la obligada reducción temática?

La historia editorial es uno de los aspectos a tener en cuenta al estudiar la recepción del *Quijote*. Construiré, pues, la historia editorial hispanoamericana del *Quijote* desde 1833, año de la edición mexicana, hasta la aparición de la apreciada edición platense de 1904.

Situémonos en la ciudad de México en las años treinta del siglo XIX. Echando la vista atrás descubrimos que en 1826, Claudio Linati ha importado la maquinaria y los materiales necesarios para la producción litográfica y que está enseñando el arte a varios discípulos. Descubrimos que al año siguiente, en 1827, Cornelio Sebring acaba de montar el primer taller de imprenta con

¹⁰ El texto completo lo ofreció Cristóbal Pérez Pastor en su *Bibliografía Madrileña: Descripción de la obras impresas en Madrid (Siglo XVI)*. Madrid, Tipografía de los Huérfanos, 1891, I, págs. 248-250.

todos los adelantos técnicos disponibles en la época. Pero ciertamente a lo largo de toda la primera mitad del siglo XIX se aprecia el duro y lento proceso de aprendizaje, destacando el esfuerzo de los impresores-editores que permite la consolidación de la tipografía mexicana al iniciarse la segunda mitad del siglo, con las más acabadas obras de los tres grandes maestros de su tiempo: Ignacio Cumplido, José Mariano Lara y Vicente García Torres. Observamos, pues, que los primeros años de la tipografía mexicana constituyeron el tiempo de recuperación de la tradición perdida, que por los años treinta empieza a perfilar el dominio de la técnica y que en los cuarenta se inicia el periodo de maduración, con marcada influencia por el gusto inglés, sin desdeñarse por ello los modelos de importación venecianos, franceses y holandeses. Una de las obras representativas de esa primera mitad del siglo XIX es la primera edición mexicana y la primera hispanoamericana del *Quijote* de 1833, en 8.º e ilustrada con 19 láminas, incluido el retrato de Cervantes. Cederé la palabra al conocido autor de la *Historia crítica de la tipografía en la ciudad de México: Impreso del siglo XIX*¹¹, Enrique Fernández Ledesma, que escribía cien años después de aparecer esa edición:

¹¹ México, Ediciones del Palacio de Bellas Artes, 1934-35, págs. 52-54.

El 33 es un año memorable para las Bellas Letras. Aparece la primera edición mexicana del *Quijote*, hecha en cinco volúmenes, en la imprenta de Mariano Arévalo, calle de la Cadena número 2.

El libro no es notable por su impresión. Ni aun el frontispicio obedece a ciertas pautas –francesas o inglesas- que ya se habían observado antes. Su tipo de labor, de estilo anglicano y quizá adquirido en fundiciones norteamericanas, no sobresale por su corte y carácter. Páginas mal equilibradas en su entintaje, a menudo llenas de atascamientos, aunque con un registro de transluz escrupuloso. Descuido, precipitación, acaso. Además, ignorancia y mal gusto. Papel superior, disminuido, humillado, empequeñecido, así como las planas de composición, por mezquinos márgenes.

Ornamentan la obra curiosas láminas grabadas en cobre, con excelente procedimiento técnico, pero hechas por un dibujante de tercera categoría, pesado, insensible, a veces gracioso de puro ingenuo y que nos da una versión peregrina del Quijote: un doncel mofletudo, orondo, que se adivina sonrosado y sin la menor huella psicológica de su conmovedor y fantástico ministerio. Por lo demás, no eran muy superiores, en exégesis, las ilustraciones españolas, inglesas, francesas y de otros países en donde en ediciones a menudo magníficas, se representó la figura del manchego...

El primer *Quijote* mexicano es, sin embargo, meritísimo. Representa sacrificios editoriales, quizá

onerosos para la época, y da una nota de cultura avanzada en el medio ramplón de suscritores por entregas y de maníacos de los calendarios. Ahora, sólo de tarde en tarde y a muy subido precio, es dable adquirir esta edición de Arévalo.

Como se indica en su portada esta edición toma como modelo la de la Real Academia Española de 1782 e incluye, además del análisis de dicha Academia, las notas críticas y curiosas de Pellicer.

En los años cuarenta del siglo XIX los impresores-editores mexicanos habían vuelto, en cierto modo, a la boga del libro inglés de principios de siglo. Sin desdeñar los bellos modelos venecianos, franceses y de Holanda, que llegaban a México en número apreciable, sus preferencias se orientaron, con evidente inclinación, hacia el libro londinense y edimburgués. En este contexto técnico tipográfico hay que situar la segunda edición mexicana e hispanoamericana del *Quijote*. Ve la luz en 1842, en dos volúmenes, en 4.º e igualmente ilustrada, impresa por Ignacio Cumplido. En la portada se destaca que es “Obra adornada con 125 estampas litográficas y publicada por Mafse y Decaen, impresores, litógrafos y editores”.

Creo que merece la pena recordar en esta historia editorial que reconstruyo, aunque limitada al *Quijote*, los datos referidos a otras obras cervantinas. Sobre todo

porque no deja de sorprendernos que, antes de que se editase ninguna otra obra auténtica cervantina, se imprimiera en Buenos Aires, por la Imprenta Americana, en 1851, la superchería literaria que el bibliófilo y erudito Adolfo de Castro había editado en Cádiz unos años antes, en 1848: *El Buscapié. Opúsculo inédito que en defensa de la primera parte del Quijote escribió Miguel de Cervantes. Publicado con notas históricas, críticas y bibliográficas...* Digo que sorprende sobremanera al tener en cuenta que habrá que esperar a 1883 para encontrar la primera edición hispanoamericana de las *Novelas ejemplares*, que ofreció la Librería “La Ilustración” de Veracruz-Puebla.

Siguiendo con la historia editorial del *Quijote*, exclusivamente mexicana, hay que recordar: la edición de 1852-1853, de la Imprenta de “La Voz de la Religión”, en 2 tomos, en 8.º, ilustrada con 18 litografías anónimas, incluyendo un retrato de Cervantes, y cuyo editor literario fue Simón Blanquet; la de 1868-1869, en 4 tomos, en 8.º, ilustrada igualmente, que imprime Mariano Villanueva, con un curioso añadido, *El Buscapié* anotado por Adolfo de Castro; la de 1877, impresa por Ireneo Paz, a costa de “La Patria”.

Al finalizar el siglo XIX la decadencia técnico tipográfica en México es manifiesta. Se salva suficientemente en 1900 “un nutrido volumen que se imprime en los talleres de ‘El Mundo’ (calle de Tiburcio,

20). Es *El Quijote*, reproducido, en cuanto a sus ilustraciones, de la edición francesa que contiene los magníficos dibujos de Doré. El texto, de aceptable impresión, corresponde a una variante de tipo anglicano, sin particulares características de belleza. En general, el libro puede considerarse como importante, no ya por su ilustre contenido, sino por el esfuerzo de divulgación, que representa. Este *Quijote*, que ‘El Mundo’ hace circular entre sus suscriptores, cierra, con limpio honor, el último año de la tipografía mexicana en el siglo XIX”. Esa era la opinión del ya mencionado historiador de la imprenta mexicana, Enrique Fernández Ledesma¹².

En 1904 se imprime en un tomo, en 4.º, la primera edición argentina, en La Plata, en los Talleres Gráficos de Sesé y Larrañaga, con 9 láminas, pero de las que solo seis ofrecen escenas, proclamando en la portada que se trataba de la “Primera edición sudamericana”. Precedía la vida de Cervantes, por Luis Ricardo Fors. La edición fue patrocinada por el Gobierno de la provincia y se realizó con motivo de la celebración en La Plata del Tercer centenario de la edición príncipe. La edición se ofrecía en cuatro emisiones: un único ejemplar en papel “Conqueror” tamaño doble Elefante para la Biblioteca Pública de la Plata, 50 ejemplares en gran papel inglés, 200 ejemplares

¹² O.c., pág. 160.

en papel *vergé* azulado para bibliófilos, y 1.249 ejemplares en papel inglés de hilo para librerías. En relación con la fecha de esta edición conviene señalar que la conmemoración de 1605 en la ciudad de La Plata se inició con una polémica: el director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, autor de la vida de Cervantes que precede en esta edición al texto cervantino, insertó en el “Boletín” de dicha Biblioteca una *Carta abierta a don Mariano de Cavia*, en la que sostenía que el *Quijote* era ya conocido en 1604, que ese año figuraba en el privilegio real y que por tanto la celebración del centenario correspondía al año 1904. La polémica gastó larga e innecesaria tinta.

Efectivamente, durante muchos años se creyó que esta edición platense de 1904 era la primera edición salida de una imprenta sudamericana, pero no era así. En 1934 Aurelio Báig Baños publicaba en Madrid su trabajo *El primer “Quijote” suramericano y el uruguayo Don Arturo E. Xalambri*¹³, donde se incluía el texto de un artículo del mencionado Xalambri, de cuatro años antes, ofreciendo algunas noticias bibliográficas de gran interés¹⁴. El tono del escrito era el que suponía esperar:

¹³ Madrid, Imprenta de Unión Poligráfica, S.A., 1934, págs. 9.

¹⁴ “El libro más idealista de la Humanidad: La primera edición suramericana del «Quijote» es uruguaya. Cervantes en la literatura nacional. Aspiraciones y anhelos”

Y de esta obra de mis acrecidos entusiasmos, el ejemplar que abandonado tenía entre un montón de revistas y de volúmenes de poca monta es hoy el que, con toda su pobreza corpórea, en más tengo y avaloro que otras artísticas ediciones del mismo. Lúzcole triunfal, rodeado de lustrosas joyas intelectuales cervantinas, en el jardín de mi librería, y constituye el más alto orgullo de mi amor a Cervantes, porque ese ejemplar dice de subida honra para mi patria centenaria en su libertad.

Raro es... y quizás sea único ejemplar sobreviviente de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, en su *primera edición suramericana* que los tórculos de la imprenta lanzaron a la vida el año 1880, en esta «muy fiel y reconquistadora» ciudad de Montevideo. *La Colonia Española*, diario que surgió en 1877... fue la editora y también la impresora del *Quijote*, que, por entregas, distribuía, a manera de regalo, a sus suscriptores....

En su insistencia en arrebatar esa prioridad a la edición argentina de 1904, recuerda:

Precisamente, por sus epítetos de “fiel y completa” que blasona el volumen argentino, es porque no cuento la edición chilena, compuesta en Valparaiso, año de 1863, del *Quijote*, “abreviado por un entusiasta del autor”. Y es por tal razón que antepongo el *Quijote* montevideano, modesto, pero cronológicamente con una prioridad de veinticuatro años al *Quijote* platense, artístico y primoroso.

No se cerró con la aportación de Xalambri la historia editorial del *Quijote* sudamericano. En 1952, Guillermo Díaz Plaja, en su libro ya citado *Don Quijote en el país de Martín Fierro*¹⁵, recuperaba para dicha historia una nueva edición, que robaba la prioridad a la edición montevideana: la edición de 1875. El primer tomo lleva pie de imprenta de Buenos Aires, “Joya Literaria” de Piqueras Cuspinera y Compañía, incorporando en la misma portada la indicación de Montevideo, Sucursal de la “Joya Literaria”. El tomo segundo indicaba el mismo año pero en Madrid, con el pie editorial de Biblioteca Universal Ilustrada. Desgraciadamente Díaz Plaja solo ofrecía el dato pero en ningún caso explicaba las razones de este triple pie editorial. Sin duda estamos ante una emisión de la edición madrileña aludida, lo que revierte en beneficio de la edición de 1880 respecto a la prioridad como edición sudamericana. Existen ejemplares de dicha edición madrileña que han incorporado al principio la anteportada y la portada con las indicaciones bonaerense y montevideana. Se trata, pues, de la edición madrileña. Dichas dos hojas –la anteportada y la portada, esta con la alusión en el verso al “Establecimiento tipográfico de J. Amalio Muñoz, Cuesta de Ramón, núm. 3”- juntamente

¹⁵ Pág. 177.

con cuatro páginas con el comienzo del texto de la primera parte, corresponden a un folleto de propaganda.

En resumen, esta es la secuencia de ediciones hispanoamericanas del *Quijote* durante el siglo XIX: las mexicanas de 1833, 1842, 1852-53; la chilena, abreviada, de 1863; la mexicana de 1868-69; la montevideana de 1880, la mexicana de 1900 y la platense de 1904. Precisamente el texto antes recordado de Xalambri obliga a mencionar una permanente aspiración. Dicho bibliófilo formulaba un doble voto: que Uruguay publicase una edición del *Quijote* y la preparación de una “*edición internacional hispanoamericana del Quijote*, como ofrenda espiritual a la Madre patria”. Añadía en su artículo de 1930: “No es proposición descabellada, ni empeño de irse a pérdidas, sino de estar a copiosas ganancias. Sentenciólo Julián Apráiz: «El *Quijote* se convertirá en un río de oro para los libreros y editores». Pero este ensueño y triunfo de mañana pide un *Quijote* editor”.

En 1941 el abogado y publicista colombiano Eduardo Guzmán Esponda en un artículo titulado “*Quijotes y ediciones*”, luego incluido en el volumen misceláneo ofrecido por Eduardo Caballero Calderón bajo el título *Cervantes en Colombia*, en 1948¹⁶, escribía:

¹⁶ Madrid, Patronato del IV Centenario de Cervantes, 1948, pág. 267.

En 1947 se celebrará el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes. Colombia, por sus antecedentes literarios, sería bien llamada a sugerir en ocasión internacionalmente propicia un acuerdo americano para la solemnización de tal aniversario: algo menos que una feria de productos y algo más que unas malas estatuas. Sería la oportunidad para que cada uno de los países del nuevo mundo publicara una edición del *Quijote*, con lo cual se suscitaría una interesante emulación intelectual y tipográfica, a lo largo del continente.

Sin duda una útil reflexión para quienes celebramos actualmente el IV Centenario de la publicación de la *Primera parte* del *Quijote*, pero obviamente el sueño de Guzmán Esponda no se hizo realidad.

JULIÁN MARTÍN ABAD
BIBLIOTECA NACIONAL. MADRID